# ENCRUCIJADA FATAL DEBER Y SACRIFICIO

**Licenciado Fernando Antonio Cárdenas González**
**Notario Público 44, Torreón, Coahuila.**

El combate duró escasas horas, pero eso sí, fue intenso. Aquellos hombres pelearon como auténticos valientes, todos rindieron como el mejor soldado, ninguno fue menos no obstante la diferencia de edades, pues participaron hombres cuajados, mayores, así como muchos jóvenes, pero todos aguerridos y enfrentando la muerte con el único deseo de triunfar.

La diferencia numérica fue notoria. Los rebeldes, encabezados por el teniente coronel Agustín Parra Ontiveros, eran 240 o 250 hombres contra las fuerzas del Gobierno al mando del brigadier Marcos Cuevas López. Llegaban a los 480 elementos.

Aquel encuentro se realizó en las afueras de una pequeña población llamada "Poza Azul" donde predominaban casas de adobe, la construcción más digna era una pequeña Iglesia de una torre inconclusa con unos maderos que sostenían una campana de regular tamaño, había 4 o 6 pinabetes que en conjunto se quedaban con las ganas de formar una plazoleta, más adelante se encontraba una construcción rectangular alta y de grueso adobe.

Este jacalón o bodega servía de Presidencia o Junta de Gobierno y siguiendo hacia la misma dirección de la calleja, la cual tenía piso de tierra y en pequeños espacios algunos rectángulos de piedra bola ahogada en caliche, allá abajo, antes de llegar a un conjunto de mezquites se localizaba una casa de mejor apariencia que tenía una ventana del lado izquierdo de la puerta principal, ésta de aproximadamente 1.20 metros de ancho por 2.20 metros de altura y pintada de color verde seco; la fachada tenía un farol y dentro de él, un depósito de aceite que servía como combustible para encenderlo por las noches e iluminar el exterior y un letrero de madera que decía: *"Emilio Herrera García, Notario Público"*.

Se advertía que ahí vivía también el Fedatario, pues la construcción indicaba que tenía más habitaciones. En un silencio denso la gente estaba encerrada en sus viviendas. Eran las 7 de la tarde cuando, repentinamente, se escucharon algunos gritos y disparos anunciando que se acercaba la tropa y que estaban por arribar al pueblo los federales, quienes venían con unos prisioneros.

La caballería se componía por 30 jinetes aproximadamente. Todos vestían el uniforme beige propio del Ejército Federal, a pie se divisaban 4 hombres golpeados y derrotados, se trataba de un hombre de edad avanzada, diríamos de unos 70 años, muy mal herido y ayudándolo a mal caminar venía otro con edad aproximada de 40 años, fuerte, alto y de espesa barba; integraba el grupo un joven de alrededor de 18 años y junto a él otro que se ubicaba en edad madura y con una fuerte herida en el antebrazo derecho, había parado la hemorragia, pero se advertía que había sido producida por un fusil máuser, una herida limpia con entrada y salida sin tocar hueso.

La tropa se condujo hasta el jacalón alto de adobe y toda la caballería resguardó el portón de entrada. Los prisioneros fueron empujados violentamente hacia adentro. En la entrada sólo había un escritorio, un mostrador que dejaba al descubierto 2 metros aproximadamente; una mesa larga de madera y varias sillas del mismo material.

Pronto, un hombre de pelo y bigote cano que era el Jefe del Cuartel y 2 ayudantes más, recibieron a quien venía como autoridad mayor, éste era un hombre de complexión delgada y frisaba los 50 años, ostentaba el rango de Capitán Primero de Caballería, su nombre Jerónimo Parra. Fue breve y tajantemente dijo: —Mi Coronel López García se fue tras los otros prisioneros que huyeron, pero yo traigo a estos 4 traidores para que me los identifiquen porque dicen ser del rumbo.

—Acércalos— les dijo a unos rasos que estaban cerca de los prisioneros e inmediatamente éstos los pusieron a su disposición para ser interrogados. El Presidente de la Junta fijó sus ojos en el hombre de edad intermedia y lo inquirió: —¿Tú eres Guerra, verdad?— Asintió con la cabeza —¿Qué es tuyo Goyo?
—Mi tío

—¿Tu padre fue Tomás?
—Sí— respondió lacónico.

El Presidente de la Junta volteó a ver al Capitán diciéndole:
—Son de una población río arriba, rancheros dedicados al ganado, son gente de trabajo—. El tal Guerra alzó la cara y dijo: —Hagan algo por Don Natividad, viene muy mal herido.—

Su sangrado ya tenía charco en el piso y en ese momento se desplomó y una voz dijo: "Ya se murió" y mientras tanto, el hombre herido del antebrazo era confortado por su joven compañero.

—*Ven pa´acá*— le dijo el Capitán al Presidente de la Junta—, estos méndigos saben de un parque que escondieron por estos lares, es urgente encontrarlo porque es necesario para la causa, a estos traidores hay que sacarles la sopa. Yo ya los he torturado y no hablan, se ven muy macizos y enteros, pero tú me vas a ayudar a aflojarlos y sacarles la verdad ¡Es una orden!

—Guerra no es tonto— añadió el Presidente— y dice que todo lo que declare quiere que sea ante el Notario Público del pueblo, sí, el que tiene su oficina cerca de la plaza y que si él está presente nos ayudará con la información.

—Dime ¿Quiénes son esa clase de *cabrones?*

José Parga, que era el nombre del Presidente de la Junta del poblado, le contestó:

—Mira, Guerra está estudiando, creo que lo mandaron a Parral a prepararse, si no es ingeniero, poco le falta para titularse, es idealista y justo y por lo que respecta al Notario Don Emilio Herrera, es un hombre bueno, prudente, la gente lo respeta y es muy servicial —¡Tráetelo!— Le gritó el mílite. Para entonces ya comenzaban a caer las primeras sombras de la noche y un pequeño contingente se dispuso a ir hasta la vivienda del hombre de fe.

No tardó mucho en llegar el Fedatario, se trataba de un hombre realizado, de complexión delgada, de una edad de 50 años, de pelo entrecano, con un bien cuidado bigote, usaba espejuelos con aros de metal dorado y vidrios cristalinos, sus ojos eran de un color pardo y su tez algo pálida, el tono de voz claro y preciso, con un ligero movimiento de cabeza saludó en forma general y acentuó su distinción al Capitán, pero su mirada después la fijó en los prisioneros.

—Ese hombre está muerto— dijo viendo aquel cuerpo que se había derrumbado —¡Sáquenlo!— El Capitán inmediatamente dio la orden y pronto se acomidieron varios a sacar el cuerpo del lugar.

—¿Cómo se siente?— Preguntó el Notario al hombre herido del antebrazo y éste asintió con un gesto de resignación. Después fijó sus ojos en el Presidente de la Junta y le dijo parsimonioso: —Tu condición de autoridad municipal te exige que primero atiendas a los heridos antes de cualquier otra diligencia—. El Jefe de Gobierno, visiblemente nervioso se despojó de su sombrero y sacando un pañuelo comenzó a secarse la frente al tiempo que refutaba: —Van llegando y buscando ayuda —y agregó—, nada más que aquí mi Capitán dijo que usted hacía falta en el interrogatorio de los prisioneros.

Inmediatamente se incorporó el militar y agregó con voz autoritaria:

—Mire, señor Notario, mi condición de Capitán me faculta para practicar, como *a mi criterio piense* que está bien la manera de interrogar a estos rebeldes que son mis prisioneros, sólo que respetando la voluntad de Guerra, él pide que usted esté presente en las declaraciones, a mí no me costaría nada fusilarlos y punto.

El hombre de la fe observó detenidamente al Capitán guardando respetuoso silencio mientras hablaba, pero cuando hizo la primera pausa, inmediatamente tomó la palabra y le dijo:

—Muy bien capitán, le reconozco que haya traído vivos a los prisioneros, ¡Claro que los asistiré en sus declaraciones! Porque cuando usted decide que alguien

esté presente para dar fe de algo así, también debe ser consciente que el fantasma de la muerte o fusilamiento no tiene que ser el arma con el que se les asuste o intimide a los detenidos.

Usted, capitán, va a interrogarlos de algo que quiere saber, ellos pueden informarle lo que usted pretende, pero a cambio usted tiene que ofrecerles garantías, no amenazas y menos terror—.

—Bueno, bueno—, refutó el Capitán —no es el momento de contrapuntearnos señor Notario, ayúdeme a que esto sea rápido y efectivo. ¡Dispénseme por favor!—. Y le hizo una seña para que lo acompañara al fondo de la bodega, accedió el Notario y el militar formando un grupo íntimo. —Seré franco y rápido— le dice el Capitán al Notario— el tal Guerra que es el que hace punta me da la información acerca de un parque que escondieron por aquí, pero quiere negociar algo y me pide que usted esté presente— y añadió de corrido— a mí me urge el parque así que a la brevedad, si no quiere decírmelo a mí, bueno, que se lo diga a usted, pero rápido, no hay tiempo que perder.

—No es así la cosa— le dice el Notario—, el que los cuestionará e interrogará es usted Capitán, yo sólo doy fe de las declaraciones, se trata de una diligencia apegada a derecho, yo no tengo por qué interrogar a nadie y menos romper el secreto de confiablidad, en caso de confiarme a mí algo los detenidos, ese es mi cometido en esta difícil audiencia y, con todo y sus prisas, tendré que preguntar a sus detenidos si se encuentran en condiciones de rendir sus declaraciones.

El militar tronó —¡Ay, Guerra, qué *desmadre*!, pero ni modo, ya estamos aquí, ándale pues, Emilio— le dijo al escribano quitándole lo de Don. Sin hacer caso al incidente el hombre de la fe se dirigió al herido del antebrazo y le dijo:

—¿Podrá rendir declaración ahora?
—Creo que sí—, dijo el cuestionado.
—¿Tú?- Le dijo al joven— Claro que sí— respondió. —¿Y tú?— Le dijo a José Guerra—, yo creo que necesitamos cuando menos 2 horas para comparecer.

En ese momento abrió los ojos el Capitán y gritó.

—¡*Paqué* quieres tanto tiempo?
—Para ver cómo vamos a responder.
—Ya oyeron— agregó el Notario—, creo que es razonable la petición, por mí sí procede el tiempo solicitado y queriendo dar una puerta airosa al militar, le dijo al Presidente de la Junta: —Ofréceles algo de comer y llévales agua a los caballos que están cansados—.

El Capitán preguntó si había telégrafo en aquel lugar y le dijeron que sí, sólo que habría que tener suerte porque no era muy seguro el hilo conductor y que sólo había una persona capacitada para operar el sistema, se trataba de un hombre de baja estatura que también era ayudante del cura de la Iglesia.

—¡Tráelo!— Ordenó tajante el militar a un soldado de menor rango— ¡Vamos por él!

—Allá anda— dijo el subordinado; al oír el telegrafista que lo llamaban se despojó de una cachucha decolorada por el tiempo y la mugre y dijo: —¡A la orden!—
La pequeña central estaba en el interior de la sacristía del templo y hacia él se dirigió el pequeño grupo encabezado por el Capitán que ya había sacudido su uniforme y limpiado sus botas. Se sentó el telegrafista en un banco, sacó unos aparatos que sacudió rápidamente y se dispuso a entrar en contacto. Se escuchó el sonido clásico del sistema Morse y tras algunos instantes dijo contento:

—¡Listo, mi Capitán!, sí está apto el sistema—. Y éste ordenó:

—Quiero que le comuniques a mi Coronel López García, que ya debe haber llegado a San Ignacio, que está cumplida la orden y que sólo esperamos los interrogatorios de los detenidos y que con seguridad amaneceremos con él llevando el parque ¡Explíquele bien...!— Enfatizó.

El telegrafista escribió algo en un papel y así transmitió el mensaje, se hizo un silencio que se interrumpió cuando entró la contestación; el aparato dejó de sonar, el Capitán leyó el texto: "El Coronel llegó a San Ignacio... se encuentra aseándose... esperaba sus noticias, confía en su capacidad... no alcanzó a los alzados... los prisioneros son más importantes... en media hora vuelva a informar adelantos". —No—, dijo el Capitán al telegrafista, —dile a mi superior que en 2 horas tendremos datos concretos.

Pronto restableció la comunicación el hombre y una vez pasada la correspondencia, el Capitán, sin dar las gracias, abandonó la estancia con grandes zancadas.

Los prisioneros fueron atendidos por los lugareños, algunas mujeres trajeron vendajes y agua caliente con sal, así como algo de yodo y alcohol. Podría decirse que los cautivos quedaron presentables, comieron y bebieron en ese pequeño receso.

Sin duda, el más fuerte era José Guerra que solicitó le trajeran cigarros y un puro y, quizá con algo de exageración, se mostraba bastante nervioso, se acercó a ver el estado del antebrazo herido de su compañero Esteban.

—¿Cómo la ves?— Preguntó y el herido le contestó —El dolor es agudo, pero ya no sangra.

—Bueno— y caminando hacia el muchacho de nombre Mario le dijo: —¿Tú cómo te sientes?— El joven estaba pálido y su alborotada cabellera le daba a su rostro un marco más dramático y respondió con voz clara: —Bien— y con una significativa mirada, le preguntó a Guerra, "¿Cómo la ve?" —Todo va a salir bien, no te preocupes—.

Don Emilio, el Notario, regresó al jacalón, lo acompañaban algunos rancheros, llevaban una pesada y vieja máquina de escribir, un quinqué grande y algunos libros, se instaló en la mesa de madera, se manifestó listo una vez que revisó la cinta de la máquina y dijo: —Ya podemos iniciar—.

—Sí, licenciado—, le contestó Guerra— comience esta lamentosa diligencia.

—¿Dónde está el Capitán?— Preguntó el Notario a unos guardias militares—, "Se lo llevó el Presidente a su casa, iban al telégrafo y a comer algo", minutos después el militar se hizo presente diciendo engallado: —Ya los interrogamos, ¿cuánto falta para que se cumpla el tiempo?
—20 minutos—, respondió el Notario—, esperamos...

Y en punto de las 10 de la noche inició la diligencia en un rincón del rectángulo del jacalón, presentaron a los prisioneros y la entrada del lugar se resguardó por un pelotón de soldados. Una mesa de madera con la máquina de escribir, un mecanógrafo que presentó el Notario y frente a la mesa 2 sillas, una era ocupada por el Capitán que rehusó sentarse y puso su bota sobre el asiento y la otra silla para el acusado; del otro extremo dos sillas más, una para el mecanógrafo y la otra para el Notario que tenía acceso con la vista para ver lo que se estaba asentando en el pliego.

Tomó la palabra el Notario que con voz clara dijo:

—Se abre formalmente la diligencia de declaración de comparecientes presentados en calidad de prisioneros de guerra, son presentes los ciudadanos Juan José Guerra Aparicio, de 40 años, nativo de Arroyo Hondo, población vecina; Esteban Mena Pérez, de 44 años, vecino del rancho El Cordero, domicilio conocido y, finalmente, Juvencio Nicolás Gálvez Ávila, éste de 18 años originario de Portal Grande. Se hace constar que la diligencia se desarrolla con el Capitán Primero de Caballería Juventino Parra, representante del Gobierno Federal y, por la Junta Municipal de Gobierno, el ciudadano Juan Campa Lugo, de 42 años, con asiento en la localidad, siendo las 10:30 de la noche procedemos a dar fe de la declaración que rendirán los acusados. ¡Que comparezca el primer prisionero!

En ese momento gritó Juan José Guerra:

—Yo soy el primero, pero antes quiero hablar con usted, señor Notario, me urge hablarle—. En ese momento cruzaron sus miradas el Capitán y el Notario y con un leve movimiento de cabeza éste lo invitó a escucharlo, había silencio en la sala que rompió el letrado:
—¡Habla!—
—No, tiene que ser a solas—. Y otra vez se juntaron los ojos del militar y el de la fe.
—¡Atiéndalo!— dijo Parra, Don Emilio invitó a Guerra a ir más adentro del local.
—¡No!— Dijo el prisionero—, quiero que sea en su oficina.

Estalló el militar:
—¡Ya está bien de tanto remilgo!— Y con una mano el Notario hizo una seña invitando a callarse—.
—Vamos—, le dijo invitando a salir al prisionero que inmediatamente fue rodeado por un piquete de soldados, caminó el contingente hacia la casa-oficina del Notario, llevaron mechones para alumbrarse en la obscuridad de la calleja, el ladrido de los perros y el ruido daban una pincelada de terror a la escena. Al frente iban el prisionero flanqueado por el Capitán y el Notario, a un metro atrás 7 u 8 soldados, pronto llegaron a la finca, el dueño abrió una de las hojas de la puerta y aquella estancia se llenó de hombres en tensión, el Notario encendió algunos quinqués y pidió a los soldados salieran al exterior a cuidar la puerta.

—¿Aquí?— Preguntó el militar. Don Emilio se acercó a Guerra y lo tomó del brazo.
—¿Puedes hablar?—
—Sí hablaré— y dirigiéndose al Capitán con voz firme le dijo: —Mi Capitán, un sólo segundo con el Notario, hágase para allá por favor.
—¡No se te ocurra hacer una pendejada, cabrón!— Le advirtió el Capitán y Guerra le contestó.
—No, señor— y se quedaron juntos el Notario y Guerra, las sombras se retrataban en forma fantasmagórica y tomando aire Guerra, cara a cara, con Don Emilio le dijo:
—Yo sí sé dónde está el parque y a usted sí se lo digo, pero antes se tiene que hacer una acción.
—¿Cuál?— Dijo el Notario en voz baja.

—Mire, Esteban el herido, es el padre de Juvencio, el chavo— y, bajando más la voz, añadió: —El Capitán no lo sabe, yo le digo a usted del parque y las armas, siempre y cuando fusilen a los dos.

Y en ese momento abrió más los ojos el Notario y dijo:
—¿Cómo pides que fusilen a tus compañeros?
—Sí, Don Emilio, es que ellos me echarían de cabeza con mi Coronel Cuevas López y de mí y mi familia no quedarían ni los perros.

Explotó el Notario: ¡Me confundes, me causas asco!— Guerra contestó —Es mi vida o la de ellos— y un poco más sereno el Notario agregó:
—Entonces, ¿qué pretendes?
—Que usted sea quien le explique esto al Capitán.
El Capitán alzaba la vista queriendo adivinar lo que estaba sucediendo.

—Ahí vamos, mi Capitán— dijo Guerra. Y así fue, Don Emilio se acercó al militar y le explicó la petición de Guerra y alzando la voz dijo: —Ya ve, Notario, que no son más que una partida de traicioneros, malas madres ¡Bueno, rápido!, usted quédese aquí con él y yo voy a fusilar a aquellos y enseguida vuelvo para que nos diga este perro dónde está el parque. ¡Listos! —Ordenó a la tropa que con cartucho cortado apuntaron directamente a Guerra, el Notario se despojó de sus espejuelos y cerró los ojos, algo murmuraba, pero no se supo si era una plegaria o maldición.

No tardaron en escucharse detonaciones de máuser y gritos de dolor y espanto; habían muerto los 2 prisioneros, los disparos se escucharon de lejos y después un ruido fuerte anunció la llegada del Capitán a la finca del Notario, traía la espada en la mano y con ella había dirigido la ejecución, con rabia gritó desde la puerta:

—¡Vamos, maldito, dime dónde está el parque que tanto urge!

Temeroso Guerra preguntó:

—¿Ya murieron?

—Sí, baboso, ¿no oíste los cuetes? —, y volteó hacia la plaza y divisó el polvo que alumbraban unos faroles. El Presidente de la Junta le dijo a Guerra:
—Ya se cumplió por parte del ejército, ahora faltas tú,

Tomó aire el prisionero y alzó la cara al cielo y gritó: ¡Ahora sí, pinches pelones, ya los chingué! Mire, Don Emilio, si la rata del Capitán atorara a Esteban o al chavo, en cuanto los presionaran, cualquiera de ellos, el tata o el hijo, viendo a su familiar sufrir habrían soltado la sopa. Ellos y yo teníamos un compromiso de hombres ¡Ya murieron! Y ahora van a saber quién es Juan José Guerra Aparicio, yo no sé nada, yo no sé nada, yo no voy a traicionar a mi Patria, mátenme ahora mismo.
Todos se quedaron en silencio, perplejos ante la astucia y valentía de Guerra.

Don Emilio, el Notario, tenía los ojos llenos de lágrimas y volteando al estupefacto militar le dijo:

—Capitán, el destino de Juan José Guerra Aparicio está en sus manos....

Hasta la próxima...

COLEGIO DE NOTARIOS
DEL ESTADO DE JALISCO

# MORS JANUA VITAE

